

**MARTIN
COSH**

LUZ ENTRE TINIEBLAS

AVISO IMPORTANTE

Apreciado/a/ lector/a/:

Con el fin de regalarle la mejor experiencia posible, a lo largo de este libro se indicarán propuestas musicales para acompañar la lectura. Cada canción tiene un número asignado, de manera que cuando se muestre en el texto un número, por ejemplo, [3], querrá decir que se aconseja escuchar mientras se lee la canción número tres de la lista de reproducción. Para preservar la información de la música que acompaña a la novela, al final del libro se le facilita el listado de las canciones que aparecen. Todas ellas referenciadas, ordenadas y numeradas.

Todas las canciones se incluyen en la lista de reproducción que encontrará en el siguiente enlace: [HTTPS://WWW.YOUTUBE.COM/CHANNEL/UC9UK3EENXLvE-7RSKFNr7G/PLAYLISTS](https://www.youtube.com/channel/UC9UK3EENXLvE-7RSKFNr7G/playlists)


Si lo prefiere, puede buscar mi canal Martin Cosh Oficial en YouTube, y encontrará la lista de reproducción.

Por último, en la web [HTTPS://WWW.MARTINCOSH.COM/](https://www.martincosh.com/), podrá encontrar información acerca de mí, de otras novelas, contenido descargable, noticias y próximos proyectos.

Si lo desea, también puede encontrarme en las siguientes redes sociales:

Facebook: 

[HTTPS://WWW.FACEBOOK.COM/MARTIN-COSH-ESCRITOR-101052835503272/](https://www.facebook.com/MARTIN-COSH-ESCRITOR-101052835503272/)

Instagram: 

[HTTPS://WWW.INSTAGRAM.COM/MARTINCOSHOFICIAL/](https://www.instagram.com/martincoshoficial/)

Quiero agradecerle su confianza y desearle de corazón que disfrute de la novela.

Le mando un afectuoso saludo.

Martin Cosh

I

—¡¡Suéltala antes!!

—¡¡No!! ¡¡Sal tú primero o acabo con ella!!

—¡¡Nathan, no le escuches!! ¡¡Abhadon jamás me soltará!!

¡¡Nos matará a los dos!!

—¡¡Cállate, maldita sea!! ¡¡Vamos, Nathan!! ¡¡Sal de una vez!!

—No lo hagas... Por favor...

[1] —Joder... Ha pasado tanto tiempo desde aquello... Me están matando estos malditos recuerdos... —dijo una mañana más, mientras, pensativo, deslizaba los dedos por su descuidada barba de tres días.

El velo de profunda tristeza que empañaba su mirada aún seguía ahí, sin dejarle ver las pocas imágenes de felicidad que años atrás pudo retener en sus pupilas. Para su desgracia, el profundo dolor que afligía a su corazón le era ya un viejo conocido, un nefasto inquilino, ávido por devorar cualquier resquicio de felicidad que pudiese encontrar. Con desprecio y asco por la vida, se deslizó arrastrando los pies hasta el cuarto de baño mientras pensaba cómo demonios afrontar el nuevo día.

—¡¡No me mires así, maldita sea!! ¡¡Yo no tengo la culpa!! —Se estremeció el lavabo bajo la furia de sus puños—. ¡¡Ambos sabemos que tuve que hacerlo!! Así que deja de mirarme de esa forma cada maldita mañana... —gruñó levantando una mirada de odio y desprecio—. Porque hice lo que pude. Hice lo que pude... —susurró con desesperación.

Siempre se hacía la misma pregunta: ¿por qué? ¿Por qué él y no otro? Y el silencio siempre le contestaba de la misma manera: con la más absoluta y devastadora indiferencia. Con desgana, bajó las escaleras que le conducían al salón y se dirigió al ventanal, con la esperanza de encontrar algún resquicio de paz al que poderse agarrar. A lo lejos, observó las verdes colinas y el cielo. Su cielo...

«Buenos días...», pensó, para un instante después lanzar un profundo y lánguido suspiro de abatimiento.

Cada mañana era el mismo ritual. A veces podía pasarse largos ratos contemplando el firmamento, que, con frecuencia, solía estar encapotado y gris como su corazón. Su mirada reflejaba el vacío y la ausencia de un alma atormentada. Una mirada inerte que observaba el movimiento de las copas de los árboles zarandeadas por el recio viento del invierno.

Eran las primeras horas de un sábado cualquiera del frío mes de diciembre, y al igual que los demás días, la desgana de vivir le consumía. Tras unos minutos en silencio con la mirada perdida en el paisaje, comprobó de reojo la hora y le extrañó que Larky no se hubiese levantado aún. Descalzo, se dirigió a la cocina en busca de una taza de café recalentado que consiguiese despertarle de su pereza matinal.

El aspecto que presentaba la cocina era desolador. Los cacharros se apilaban en columnas que se alzaban por encima del fregadero, cantidades ingentes de grasa se adherían a los platos sucios y había restos de comida de la noche anterior esparcidos por la encimera. Era algo que, en otras circunstancias, Nathan no soportaría ver, pero en aquel momento, le daba igual.

Con cuidado, arrojó la vieja taza desportillada de siempre entre las frías manos. Y aunque el café fuese del día anterior, no le importaba, porque para él era uno de los pocos placeres que podía permitirse al cabo del día.

En silencio, regresó al salón para tomar su escueto desayuno.

«Ah... El primero y el último siempre son los mejores...», pensó a la vez que una amarga sonrisa se esbozaba en sus labios tras haber dado el primer sorbo.

Absorto en el humo del café, algo le tocó el brazo y le sacó con brusquedad de sus pensamientos al reclamar su atención.

—¡Larky, qué susto! ¡No te oí llegar! —le dijo a su pastor alemán que, animado, agitaba alegremente el rabo—. ¿Qué tal dormiste? Qué tontería... Ojalá pudiera dormir como tú... Venga, vamos a por tu desayuno.

Tras rellenar su plato, se detuvo a observarle comer mientras terminaba su café. En aquel instante, acudieron a su mente las imágenes de aquella tarde de verano. En casa de sus abuelos le esperaba la sorpresa del pequeño Larky durmiendo tranquilo entre las flores del jardín. Al contemplar aquella maravillosa imagen, nadie hubiera imaginado que ambos compartirían momentos terribles, y que, al igual que Nathan, sería un superviviente más de la vida. Él sería su única compañía para soportar la lenta y dolorosa agonía que le supondría vivir cada día.

Cuando terminaron de desayunar, y con los recuerdos aún recientes tras su regreso al ventanal, pensamientos terribles y perturbadores azotaron su corazón. Desesperado por hacerlos callar, sintió la necesidad de huir, de correr, de salir de aquella trampa en la que, de pronto, se convirtieron las paredes de su hogar.

[2] Tras su portazo, finas gotas le cayeron del cielo, y que, por su aspecto, supo que no tardaría en comenzar a llover. No, no había tregua para él. Parecía como si nada quisiese ayudarle a escapar de la cárcel de sus pensamientos. A escapar de la sangre, de los gritos y las carreras que le atormentaban constantemente en sus recuerdos.

El vaho de un amargo suspiro se elevó en el aire hasta desaparecer. Hastiado, se colocó la capucha y, con trote ligero, Larky y él cruzaron varias calles sin detenerse hasta

encontrarse en campo abierto. Tras un rato por caminos de barro y hierba mojada, siguió corriendo. Lo hacía ajeno al transcurrir del tiempo, obsesionado por dejarlo todo atrás, por escapar de algo que no le permitía vivir tranquilo, ni siquiera en sueños. No... Sus terribles recuerdos jamás se doblegarían a su voluntad, ni le pondrían fácil alcanzar su tan ansiada paz.

De pronto, a sus ojos todo cambió. Y aquello que le era conocido se volvió hostil y amenazador. Con la mirada puesta en el infinito, aceleró su carrera hasta convertirse en una huida desesperada, sin razón ni destino. La calma bucólica que se respiraba, se vio truncada de repente por las veloces pisadas de Nathan. Huía de un terrible enemigo. Uno que le perseguía, que le torturaba y le acechaba en los recodos sombríos del camino. Corrió hasta no poder más, hasta detenerse exhausto y completamente asfixiado. Aquella frenética carrera no le llevaría a ninguna parte por más que quisiera. Todavía sin aliento, levantó la mirada al horizonte de nuevo. El horror le sobrecogió cuando entendió la razón de aquel sin sentido. No corría para entrenar ni por diversión, no. Corría para huir de sí mismo.

Angustiado, dejó escapar un resoplido al darse cuenta de la realidad. Miró hacia atrás y, al no divisar el pueblo, entendió que era el momento de regresar.

Tras una larga caminata de vuelta, una voz conocida le saludó de forma jovial nada más llegar al vecindario. Era Mike, un anciano que vivía a un par de calles de Nathan y con el que tenía una gran amistad. Su carácter alegre y bonachón, junto con sus coloradas mejillas y sus ojos risueños, hacía que Nathan le tuviese un cariño especial.

Después de saludarse, caminaron juntos en dirección al mercado. Mike y él recorrieron con calma los diferentes puestos hasta llegar a la frutería. En ella se encontraba una antigua amiga de instituto, Beth, con la que mantenía poco contacto y que les saludó nada más verlos. Mike la

correspondió con otro saludo alegre y jovial, pero no así Nathan, que lo hizo de forma áspera y seca. Debido al cariño que les tenía a ambos, quiso tener un detalle con ellos y regalarles la escueta compra que realizaron.

—¡Muchas gracias! ¡Eres un encanto! ¡Tendrías que venir más a menudo a trabajar con tu madre! —Rio el anciano.

—Gracias, Mike. Pero es algo puntual, por las fechas en las que estamos. Con la Navidad tan cerca, es normal que...

—Beth, dime cuánto es —interrumpió Nathan con desdén.

—No, de verdad. Llévate la —dijo con una tierna sonrisa.

—¡Dime cuánto es! Por favor... —insistió con brusquedad.

Aquella actitud de Nathan la cogió por sorpresa. Debido al aprecio que le tenía, no se lo tomó a mal, a pesar de la reacción tan desagradable en su respuesta. Al entregarle el cambio, todas las monedas cayeron y se esparcieron por el suelo. Un instante después, Nathan se agachó y las recogió lentamente sin apenas inmutarse. Cuando terminó, se incorporó en silencio y, en compañía de Mike, se alejaron hacia la salida.

—¡Nathan! —exclamó Elisabeth en la distancia.

—¿Sí? —Se volvió con desgana.

—Esta noche nos reuniremos todos en la taberna de Rose a tomar unas cervezas y a recordar viejos tiempos. ¿Por qué no te pasas un rato?

—Me lo pensaré —respondió con poco interés.

—Pero ¿¿se puede saber qué te ha pasado ahí dentro?! —preguntó Mike perplejo una vez fuera.

—¿A mí? Nada —dijo Nathan mientras desataba a su perro.

—¡¿Cómo que nada?! Muchacho, una chica tan bonita te invita a salir esta noche con vuestros amigos y... ¿reaccionas así? ¿De esa manera? Salta a la vista que Elisabeth está interesada en ti. Lamento decir que has sido muy descortés, algo impropio de ti.

—Vamos, Mike, ¿no crees que estás exagerando? —contestó iniciando el camino a casa.

—Nathan, noté tu cambio de actitud cuando viste a esa muchacha. ¿Crees que no me he dado cuenta de por qué se han caído las monedas? Al darte el cambio, has intentado que no se tocasen vuestras manos.

—Veo que no se te escapa nada —contestó apático.

—Todavía Dios me conserva la vista, hijo. ¿Se puede saber por qué no vas a ir esta noche a la reunión de tus amigos?

—Yo no he dicho que no vaya a ir.

—Nathan, te conozco lo suficiente como para saber que no lo harás. Lo suficiente para saber que, desde que nos conocemos, apenas te he visto con amigos o con alguien de tu edad. Y mucho menos con alguna chica. Siempre estás solo, o en compañía de Larky.

—Bah... Tampoco es para tanto, Mike. Te olvidas de que también estoy contigo.

—Hijo, tú necesitas conocer a una buena chica y socializar con gente de tu edad, no con una pieza de museo como yo. No creo que sea bueno para ti. Tendrías que...

—A ver, dime, ¿qué se supone que tendría que hacer? —le interrumpió Nathan con tirantez girándose hacia él.

—Pues muchas más cosas de las que haces ahora. ¡Viajar, por ejemplo! ¡Ay, lo que daría yo por poder hacerlo!

Aquellas palabras de su viejo amigo le hirieron profundamente. Mike desconocía las razones de su comportamiento, y debido a ello, prefirió seguir caminando y guardar silencio.

—De verdad, Nathan, me da mucha pena verte así. Siempre tan solo y apagado. Eres un joven encantador, pero muy introvertido y reservado. Y eso no es bueno para hacer amigos. Apenas te relacionas con nadie, excepto conmigo.

—Agradezco tus consejos, Mike. Pero estoy bien así.

—Entonces, ¿no me lo vas a contar? —preguntó deteniéndose.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que te pasa.

—No me pasa nada. —Frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué jamás he oído tu risa? Eso no es normal en un joven de veintisiete años. Tú tendrías que ser feliz, Nathan. Parece como...

—¿¿Como qué, Mike?! ¡Dime! —estalló—. ¿¿Qué parece?! ¿¿Que apenas duermo?! ¿¿Que la sola idea de dormir me aterra por los sueños tan horribles que tengo?! ¿Que parece que estoy muerto en vida!, ¿eh?! ¡Pues tal vez sea así! ¡Y lo que no me apetece es que todas las miradas de la gente de este maldito pueblo me lo estén recordando constantemente! ¡Tal vez, si tú te levantases cada maldita mañana con las mismas pesadillas de todas las noches que hacen que dormir sea un suplicio...! ¡Si te levantases con el mismo sentimiento de odio hacia la persona que ves reflejada en el espejo...! Entonces, y solo entonces, tú y toda la gente de este maldito pueblo lo entenderíais...

—Nathan, muchacho... —contestó estupefacto el anciano ante su repentino brote de desesperación.

—Lo... lo siento... —se disculpó horrorizado—. Escucha, mejor me adelanto. Me gustaría llegar cuanto antes a casa —le dijo, para después alejarse tirando de Larky.

Ante la reacción de su joven amigo, Mike no pudo salir de su asombro. Cualquier palabra que quisiese decir al respecto, murió de forma súbita en su garganta.

Una sensación de amargura acompañó a Nathan durante todo el camino. Sabía que su comportamiento se debía a toda la vorágine interna que le consumía cada vez más con el paso de los días.

Pronto oscureció, y las sombras de la noche tomaron posesión de todas las colinas y todos los caminos, de todos los pueblos y las carreteras sin destino.

3] Horas más tarde sonaba de fondo la televisión, mientras Nathan, ausente, se perdía en sus pensamientos en la

soledad del salón. Tumbado en el sofá, su mirada se hundía en el botellín de cerveza que movía lentamente sin cesar. Su gran amigo dormía junto a él después de un día agotador. De repente, recordó la invitación de Elisabeth, lo que le hizo meditar la situación durante largo rato. Con gran esfuerzo, decidió dar una oportunidad a los acontecimientos para intentar enderezar su vida y dejar de ir a la deriva, por lo que se levantó del sillón y fue a ponerse ropa decente para la ocasión.

Tras dejar a Larky a cargo de la casa, cerró la verja de la entrada y comenzó a andar camino del bar. A pesar de que era una noche muy fría, decidió dejar la camioneta aparcada e ir andando. Apenas serían unos minutos a pie. A esas horas, el pueblo dormía en el silencio y la quietud de la noche, y las pocas farolas que se encontraban en su camino iluminaban lo justo y necesario para que aquello no pareciera un pueblo fantasma. Al ver de lejos la taberna de Rose con sus inconfundibles luces de neón, se detuvo un momento.

«Espero que esto merezca la pena», pensó lanzando un suspiro.

Una profunda desazón le agitó el alma cuando agarró el pomo de la puerta del bar, y por un momento, dudó de si entrar o regresar de nuevo al calor de su hogar. Su voz interna le gritaba que no lo hiciese, que diese la vuelta, porque todo aquello acabaría mal. Pero la desesperación por cambiar su vida le arrastró hasta allí, y en aquel momento decidió que no había marcha atrás.

Nada más entrar buscó con la mirada la mesa donde solían sentarse todos en la época del instituto. De eso hacía ya muchísimo tiempo...

—¡Nathan! ¡Qué sorpresa! ¡¿Cómo tú por aquí?! —se escuchó desde la barra.

—Hola, Rose.

—Pasa, están donde siempre. Ahora te llevo un botellín. Kalisbürg, ¿verdad?

—Sí, gracias —contestó antes de dirigirse a un grupo de personas que reían alegremente. Un profundo silencio se hizo cuando Nathan se detuvo frente a ellos.

—Buenas noches.

—¿Qué hace este aquí?! —se oyó un susurro.

—¡Nathan, has venido! ¡Ven, siéntate! —exclamó Beth haciendo un hueco a su lado.

—¡Hola, Nathan! ¡Cuánto tiempo! —Sonrió el alegre Thomas Whitaker, un compañero de instituto con el que tuvo una buena amistad en el pasado.

—Qué tal, Tom, me alegro de verte. ¿Sigues yendo a pescar? —le dijo con complicidad nada más sentarse.

—¡Qué va! Desde que vivo en la ciudad apenas vengo por aquí. Pero, en cuanto tenga unos días libres, quiero volver a hacerlo. ¿Te apuntarías?

—Yo qué sé... Tal vez...

—Qué sorpresa verte por aquí, Nathan. ¿Qué es de tu vida? De todos los amigos del instituto, tú eres del que menos tenemos noticia. Lo único que sabemos es que sigues viviendo en la casa que tenían tus abuelos. Todos los demás hemos emigrado a la ciudad y mantenemos el contacto. Pero lo que eres tú... ¿Tienes novia? ¿Amante? ¿Mujer? ¿Hijos? —le interrogó Anne haciendo honor a su fama de cotilla.

—Anne, por lo que veo el tiempo no ha conseguido arrancar de ti esa manía tuya de fisgar en la vida de los demás.

—¡Cuidado, Nathan! ¡No te pases ni un pelo! —gritó John con gesto amenazador. En aquel momento, Nathan no entendió su reacción, hasta que se percató de sus manos entrelazadas por debajo de la mesa.

—Vaya, esto sí que es bueno. Antes de que te alteres de nuevo, ¿no eras tú quién decía, entre otras cosas, que Anne era una golfa de medio pelo cuando salía con Charlie Cornudo Thomson? ¡Y ahora me encuentro esto! Pensé que eras un hombre de fuertes convicciones, pero ya veo que no. Qué decepción... —dijo manteniéndole la mirada.

—¡¡Maldito bastardo!! —Le sujetaron para tratar de calmarlo.

—A tu salud, John... —Brindó Nathan con un largo trago a su cerveza.

Lo cierto era que entre ellos nunca hubo el mínimo atisbo de amistad. Nathan pensaba que era un fanfarrón prepotente que creía que el universo giraba en torno a él.

—Nathan, ¿a qué te dedicas ahora? —preguntó Eve con timidez, una chica por la que siempre sintió mucho aprecio y cariño. Todos la consideraban como la más reservada del grupo, porque siempre procuraba hablar lo justo.

—Terminé la carrera de forestales y ahora trabajo como ayudante del jefe forestal de Green Hills.

—¡Qué gracia! ¡Se tira el día recogiendo cagadas de caballo! —se mofó John.

—Bueno... Es cierto que tengo que limpiar a los caballos, y recoger sus mierdas está dentro del sueldo. Pero recuerda una cosa, John. —Se inclinó hacia él—. Cuando tú estés encerrado en un ínfimo despacho con ganas de suicidarte por el estrés, yo estaré en lo alto de una colina viendo paisajes que tus ojos nunca podrán ver —contestó Nathan antes de dar otro trago a su cerveza.

—Venga, chicos. Dejadlo ya —interrumpió Beth.

—Sí. Lo vamos a dejar aquí, porque yo me largo —respondió Nathan mientras se levantaba de la mesa.

—Pero ¡Nathan! ¡Si acabas de llegar! —intentó convencerle esta para que no lo hiciera.

—Beth, ¿no querías que me tomase algo con vosotros? Ahí está mi botellín. —Lo señaló con desprecio—. Rose, dime cuánto te debo, por favor —preguntó una vez en la barra.

—Déjalo, Nathan, a esta invita la casa.

—Rose, ¿cuánto te debo? —Levantó una mirada molesta tras abrir su cartera.

—Joder, eres incorregible... —Negó con la cabeza—. Son dos con cincuenta.

—Toma, quédate el cambio.

—Gracias, Nathan, vuelve pronto.

—Sí, algún día... Cuidate —se despidió mientras se abrochaba el abrigo. No tardó en desaparecer por la puerta del bar para sumergirse en el frío de las oscuras y desangeladas calles que le llevarían de vuelta a su hogar.

De camino a casa se detuvo a observar las tenues luces del salón de Mike. En aquel momento se imaginó que estaría viendo la televisión en soledad, y no pudo evitar conmoverse. De las pocas personas que tenía en su vida, él era lo más cercano a lo que se podía llamar *amigo*. Jamás obtuvo una mala contestación por su parte, y siempre le aconsejaba si con ello creía ayudarle. Por mucho que no le gustase. Al recordar lo grosero que estuvo con él, sintió la necesidad de disculparse sin importarle la hora ni el momento.

—Gracias por haber venido, Mike. Lamento no haber podido quedarme en tu casa. Larky, desde que... Bueno... Desde hace unos años se pone muy nervioso si pasa mucho tiempo solo, y ya estaba intranquilo por él —dijo Nathan a la vez que le ofrecía una copita de *brandy* y se sentaba frente a él con su *bourbon*.

—No te preocupes, muchacho. Lo entiendo. Entonces mejor aquí los tres. Además, me viene bien salir de vez en cuando de la maldita rutina.

Una cálida luz procedente de la vieja chimenea de sus abuelos conseguía un ambiente agradable y acogedor. Acomodados, saborearon sus respectivas bebidas en silencio.

—¿Qué tal ha ido tu reunión? —preguntó el anciano para romper el hielo.

—No muy bien. Ha sido un error, Mike. No tenía que haber ido...

—¿Tan mal fue?

—En esas reuniones se suelen recordar viejos tiempos de instituto y salen a la luz antiguas rencillas... Y para serte sincero, no me apetecía recordar todo aquello.

—Es lógico.

—Oye, Mike. Respecto a lo de esta mañana... Me gustaría pedirte disculpas de nuevo. Siento mucho haberte hablado así.

—Tranquilo... Todos libramos batallas internas que los demás desconocen, y que nos hacen comportarnos de una determinada manera.

—Sí, tienes toda la razón. Pero, no debí hablarte así. Lo siento de veras.

—Olvídalo, disculpas aceptadas. Si más lo siento yo por ti. Es una pena que un muchacho como tú esté tan solo y tan viejo de alma y corazón —comentó con tristeza.

—En eso también tienes razón.

—Nathan, sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? —Sonrió.

—Sí... Aunque me cuesta mucho hablar del tema.

—Vamos, inténtalo. Te escucho...

—Está bien, tal vez podría ser bueno. Total, las cosas no pueden ir a peor. Trataré de explicarte los motivos de mi extraño comportamiento. Aunque, en realidad, solo existe una razón que consigue matarme en vida. Que hace que mis días sean una auténtica pesadilla. —Guardó silencio durante unos segundos—. Perdona... Se me hace muy difícil... —resopló Nathan— hablar de ella... —explicó mientras su corazón se retorció de dolor.

—Está bien, muchacho. No te preocupes. Cuando tengas fuerzas, me encantará saber quién era ella.

Nathan aguardó unos segundos para recomponerse. No podía abrir, así como así, la caja de los truenos de sus recuerdos. Le había llevado mucho tiempo y esfuerzo confinarlos, y si quería hablar al respecto, debía retenerlos para no caer en la misma tortura de antaño.

—Ella era única... Una mujer maravillosa —habló con la mirada perdida.

—Palabras propias de un hombre enamorado.

—Sí. Pero cuando digo que era única, es porque de verdad lo era.

—¿Qué era lo que la hacía tan única?

—¡Todo! Su ser, su esencia... Todo en ella era extraordinario.

—Lo siento, muchacho. Pero sigo sin comprenderte.

—Es normal, Mike. Pero, cuando termine de contarte mi historia, lo verás todo claro. Si es que no te has ido antes corriendo.

—De acuerdo, prometo no hacerlo —le siguió la broma.

—Para que puedas entenderlo mejor, te contaré cómo era mi vida hasta el momento en que ocurrió todo. Como ya sabes, me crié aquí con mis abuelos porque debido al trabajo de mis padres, casi siempre estaban viajando y apenas podían hacerse cargo de mí. Gracias a eso, hice un grupo de amigos aquí. Todos ellos han estado en la reunión. Cuando terminamos el instituto, cada uno tomó su propio camino. Yo comencé la carrera de forestales y me mudé de nuevo con mis padres a la ciudad, mientras ellos seguían con sus viajes de trabajo. Como casi nunca estaban en casa, en aquella época viví de manera independiente.

Y así, Nathan comenzó a relatar la historia de su vida.

Era verano. Él tenía veinticuatro años y acababa de finalizar el periodo de exámenes en la universidad. Se sentía pletórico, todo le iba bien y no existían preocupaciones en su vida. En unos días regresaría al pueblo con sus abuelos a pasar la temporada estival. Como ese año había sido un alumno aplicado, no tendría que estudiar durante sus vacaciones y, parte de ellas, podría dedicarlas a trabajar en el taller mecánico del señor Harris. De ese modo, conseguiría ganar algo de dinero para costearse el siguiente curso. Le encantaban aquellos largos e interminables veranos.

Todo comenzó un día cualquiera con el sonido del teléfono de casa de sus padres.

—¿Travis?! ¿Ocurre algo? Es temprano para que estés levantado. ¿Has madrugado mucho o has trasnochado?

—Ya, muy gracioso, Nathan... He madrugado. Tenía que resolver unos asuntos, pero no te vas a creer lo que me ocurrió anoche.

—A ver, sorpréndeme.

—¿Sabes quién es Noah Petersons?

—Noah Petersons... No, ahora mismo no caigo.

—Sí, hombre. La chica morena tan guapa de la clase de al lado.

—¡Ah! Sí, ahora sí. ¿Qué pasa con ella?

—Anoche estuve hablando con Jessica Hamond y Sarah Hewitt mientras nos tomábamos algo en la fiesta de Paul. Se dieron cuenta de que no quitaba ojo a Noah y me preguntaron si quería conocerla.

—¿En serio? No sabía que fuesen amigas.

—Yo tampoco, la verdad. Así que un rato después, Jessica nos presentó.

—¡Vaya! ¡Me alegro por ti! ¿Y qué tal fue?

—Nathan, no te imaginas cómo es esa chica en las distancias cortas —comentó su mejor amigo con un resoplido—. Casi me temblaron las piernas.

—Me imagino. Esa mujer es espectacular.

—Algo fuera de lo normal... ¿Y sabes lo mejor?! ¡Que ya me conocía!

—Venga ya... Eso no puede ser.

—Sí, si eres el único chico pelirrojo de nuestro curso. ¡Algo bueno debe de tener!

—¡Joder! Si es que todos los tontos tenéis suerte...

—Algunos tenemos más que otros. También me preguntó si el próximo sábado iría a la fiesta de Allison McCartney.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Que por supuesto que iría! Jamás he deseado tanto que llegue un fin de semana.

—¿Estás seguro? ¿Y el de la fiesta en el lago? ¿Y aquel otro que...?

—¡Bueno, está bien! ¡Caray! Pero... ¿sabes, Nathan?, aunque tenga muchas ganas de volver a ver a Noah, me preocupa que los nervios me traicionen y diga demasiadas tonterías delante de ella... —respondió pensativo.

—Sí, te veo muy capaz de liarla.

—No quiero que piense que soy estúpido. ¡Necesito que me acompañes!

—¿Yo?! ¡Qué dices! A mí no se me ha perdido nada en la fiesta de Allison McCartney.

—¡Vamos, Nathan! ¡Por favor!

—¡Que no! ¡Ni de coña! ¡Siempre estás metiéndome en líos!

—¡No tendrás que hacer nada! Solo estar allí conmigo. Seguro que nos lo pasaremos bien. ¡Venga, ánimo!

—Que no, Travis. Además, apenas conozco a Allison. ¿Cómo pretendes que me invite a su fiesta?

—Eso déjame a mí... —contestó su amigo con intriga.

—¡No sé cómo me las arreglo, pero siempre estoy haciéndote favores!

—Porque eres buena persona y un buen amigo.

—Un gilipollas. Eso es lo que soy.

—Bueno, sí. Eso a veces. —Rio Travis.

—¿Cómo?! Me voy a la ducha. Hablamos en otro momento.

—Muy bien. ¡Ah, Nathan! ¡Gracias!

—¿Gracias? ¿Gracias por qué?

—Por acompañarme a la fiesta.

—¡Eh! ¡Que yo no he dicho que vaya a ir!

—Sí, sí que lo has hecho. ¡Hablamos!

—¿Que he hecho el qué? ¡Bah! Hablamos... —Suspiró con resignación.

Pensativo, colgó el teléfono mientras intentaba asimilar la conversación mantenida con Travis. Reconocía que su

amigo siempre tuvo un don especial para tratar con las chicas, pero lo ocurrido con Noah Petersons superó cualquier expectativa.

Aquel fin de semana los padres de Nathan se encontraban en la ciudad, por lo que decidieron aprovechar y pasar una agradable tarde en familia. De regreso, el sonido del teléfono les dio la bienvenida nada más abrir la puerta de casa. Era de nuevo Travis, que había estado llamando durante toda la tarde. Como era sábado, ambos quedaron a tomar algo en el bar de universitarios donde solían ir a jugar al billar. Así, además, Travis aprovecharía la ocasión para hablar de su único y principal tema de conversación por aquel entonces: Noah Petersons.

Horas más tarde, y tras varias partidas, Nathan y Travis se acercaron a la barra. A su lado, otro hombre, que esperaba paciente a ser atendido por la camarera, pasaba con desgana las páginas arrugadas del periódico local de la semana anterior. Cuando se marchó con su bebida, Nathan, para hacer más soportable la espera, cogió también el semanal y, sin cuidado, lo extendió encima de la barra.

—Joder... ¡Le faltan todas las páginas centrales! ¡Y yo que quería leer los deportes! —comentó a Travis, que también comenzó a ojearlo.

De una pasada, se dieron cuenta de que las hojas más decentes que quedaban, solo contenían aburridos anuncios publicitarios. Al ver que aquello no era más que un puñado de viejos papeles arrugados, Nathan se dispuso a tirarlo a la papelera.

—¡Espera! —gritó Travis quitándole el periódico de la mano en el último momento.

—¿Qué quieres leer? Ya has visto que solo hay anuncios.

—«¿Problemas de dinero? ¿Problemas de salud? ¿Problemas en el amor? Soy Madame Binot y gracias a mis habilidades especiales, puedo hacer que su vida sea como siempre soñó. Permítame ayudarle. Puede contactar conmigo en el

teléfono adjunto, o si desea un trato más personal, me encontrará en el 152 de la calle Neverville, esquina con Three-wood. Estoy a su entera disposición las 24h, los siete días de la semana. Le espero» —leyó Travis mientras se volvía hacia Nathan con un brillo especial en los ojos.

—¡¿Qué?! ¡¡Ni de coña!! ¡Es la idea más estúpida que has tenido nunca! ¡Olvídate si piensas que voy a acompañarte a ver a esa médium! Además, mira qué hora es. No te recibirá —insistió Nathan intentando disuadirle de su descabellada idea.

—¡Claro que sí! Aquí pone que está disponible las veinticuatro horas del día.

—¡¿Estás mal de la cabeza, Travis?! ¡Tú no tienes ninguno de esos problemas!

—¡Venga, Nathan! ¡Por favor! ¡Solo será un momento! ¡Le pregunto por Noah y nos volvemos!

—No te empeñes. No vas a convencerme.

—Hola, chicos. ¿Qué os pongo? —interrumpió de forma repentina la camarera.

—¡Nada, gracias! ¡Nos vamos ya! —contestó Travis saltando de la silla.

—¡¿Cómo que nos vamos?! Olvídalo, no pienso acompañarte.

—Está bien, no te preocupes. Ya iré yo solo...

—Travis, te va a dar igual. No voy a caer en tu chantaje emocional —le dijo cruzándose de brazos.

—Hasta mañana, Nathan —se despidió al salir por la puerta.

—Entonces, ¿tú quieres algo?

—No, no. Gracias... —respondió Nathan mientras miraba la puerta del bar esperando a que de un momento a otro apareciese Travis maldiciéndole.

Pasaron los segundos y su amigo no aparecía. De un saltó se bajó de la silla y corrió a la calle en su busca. A lo lejos reconoció los inconfundibles andares de Travis, que se alejaba de allí internándose en la penumbra de las calles.

—¡Cada día soy más estúpido! ¡Joder! —se quejó Nathan mientras recuperaba el aliento.

—Sabía que vendrías... —Sonrió su amigo.

—Vete a la mierda, Travis. Siempre te sales con la tuya.

—Gracias... —dijo con una palmada en la espalda.

A cada paso que daban, Nathan no podía creer lo que iban a hacer. Aquella no era la típica locura a la que Travis le tenía acostumbrado.

Caminaron en silencio por las solitarias y oscuras calles, en las que, de vez en cuando, se oía el ladrido lejano y lastimero de algún perro callejero.

—Travis, demos la vuelta. Todavía estamos a tiempo.

—¡Vamos, Nathan! ¡Ahora no podemos hacer eso!

—¡Escúchame, joder! Tengo un mal presentimiento. Algo me dice que esto no es buena idea.

—Estás paranoico. Anda, no seas tan negativo.

—En serio, Travis. Presiento algo muy malo. Volvamos a casa y olvidemos todo esto.

—Demasiado tarde. Ya hemos llegado...

[4] Se detuvieron frente a una vieja y destartada casa de madera, con un descolorido rótulo en la entrada que decía «Madame Binot». Al ver las agrietadas tablas de la fachada, un terrible escalofrío recorrió a Nathan por entero. Apenas había tragado saliva cuando Travis, ajeno a todo, aporreó la puerta con ganas. Tras esperar unos segundos sin obtener respuesta, volvió a llamar con más fuerza, pensando que la médium estaría dormida y, de ese modo, así los oiría. Sin poder soportar más la tensión, Nathan agarró a su amigo e intentó llevárselo de allí lo antes posible. Temía que, con tanto alboroto, se presentase la policía y terminasen durmiendo aquella noche en el calabozo.

Cuando ya se alejaban, el chirrido de unas bisagras mal engrasadas se escuchó a sus espaldas. En silencio, una inquietante silueta los observó desde la oscuridad de la puerta, y, tras unos segundos de espera, una voz áspera les invitó a pasar.

Si desea adquirir el libro y seguir descubriendo la historia, puede hacerlo a través de los siguientes enlaces:

Formato PDF:

<https://www.martincosh.com/tienda/libros/luz-entre-tinieblas/>

Formato Libro Tapa Blanda o eBook (Kindle):

https://www.amazon.es/gp/product/B097SK2VZ3/ref=dbs_a_def_rwt_hsch_vapi_tu00_p1_i0